

El Club



de los

CANÍBALES

se zampa a

don Quijote

Gabriel García de Oro

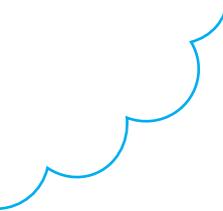
Ilustraciones de Purificación Hernández



El Club de los
CANÍBALES
se zampa a
don Quijote

Gabriel García de Oro
Ilustraciones de Purificación Hernández

ANAYA



A Mauro

1.ª edición: octubre de 2015

© Del texto: Gabriel García de Oro, 2015
© De las ilustraciones: Purificación Hernández, 2015
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

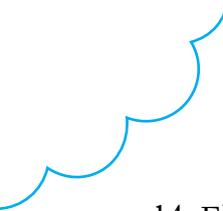
ISBN: 978-84-678-7167-8
Depósito legal: M-24833-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

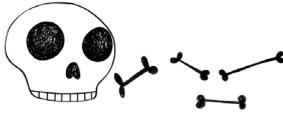
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

1. Pssss, pssss	9
2. Prohibido lanzar libros a los animales	16
3. Los Hombres Cebra	24
4. Una máquina de matar descontrolada y muy mona	32
5. ¿Quién gana una pelea entre un chimpancé y un gorila?	41
6. La aventura del columpio	50
7. Cómete tú el plátano	58
8. Un nuevo peluche en la familia	67
9. ¡Yo no soy el sabio mago Frestón!	76
10. ¿Una realidad paralela?	85
11. El <i>cacaballero</i> del lavabo	95
12. La gran batalla contra el bravo <i>cacaballero</i> del lavabo	103
13. La princesa no está encantada, está enfadadísima	111



14. El duelo sin par entre Monkeyjote y los Hombres Cebra	120
15. El primer bocado de los Caníbales	130
16. Monkeyjote es armado caballero	139
17. El espantoso ejército de don quijotes	149
18. La espantosa y desatinada aventura de los leones	157
19. El vuelo de Clavileño	166
20. El bálsamo de Fierabrás	173
21. Un estudiante muy, muy pero que muy mono	182
¡EL TEST CANÍBAL!	191



1. Pssss, pssss

Casi todos los alumnos del Charles Darwin entraron al zoo con una sonrisa tan grande que parecían delfines. Estaban muy contentos y saltaban y corrían mientras gritaban los nombres de sus animales favoritos. Leo no. Él entró arrastrando los pies, mirando el suelo y dando patadas a las piedrecitas que se cruzaban por su camino. Incluso su amigo Rubén se dio cuenta:

—¡Ey! Vamos, vamos, vamos. Yo quiero ver los pingüinos. No es que me gusten mucho, pero ¿sabes qué? Ayer le hice una broma a mi hermano pequeño. Ja, ja, ja. Es que le escondí el papel de váter y cuando terminó de hacer caca, ja, ja, ja, ¿sabes qué? Salió con los pantalones bajados, andando como un pingüino. Ahora le llamo Pingu-pingu y él se enfada. Cuando llegue a casa quiero decirle: «Pingu-pingu, he visto tíos andando como tú en el zoo pero ellos llevaban el culo limpio». ¿Hola? ¿Leo? ¿Estás ahí? Te acabo de contar la cosa más graciosa de la semana y tú con cara de... No sé de qué, pero cara de algo aburrido.

—Muy gracioso, Rubén. Es muy gracioso.

Leo quiso poner una de esas sonrisas de delfín, pero le salió algo parecido a una jirafa comiendo un limón podrido.

—Vale, OK. ¿Qué te pasa? —Rubén cruzó los brazos, dando a entender que no se movería de allí hasta que le contara la verdad.

—Nada, déjalo. No me pasa nada.

Pero Rubén no es de los que deje las cosas así como así, y menos si esas cosas tienen que ver con su amigo Leo. Además, cuando a Rubén se le mete algo en la cabeza es muy pesado y no para y no para y no para. Es pesado de verdad porque es enorme, alto y parece un armario con el pelo corto, negro y de punta. Es el más fuerte de la clase. Un armario con un enorme cepillo en la cabeza.

—¡Suéltame!

Y claro, cuando Rubén te agarra del brazo es imposible escapar.

—No te voy a soltar hasta que me digas qué te pasa. ¡Venga! Estamos en el zoo y parece que estés... No sé dónde, pero no en el zoo.

—Te lo digo si me sueltas. ¡Me haces daño!

—Ya está. Te he soltado, ahora te toca soltarlo a ti. ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

—¡Que no he empezado a leer!

—¿Que no sabes leer?

—Claro que sé leer, solo digo que no he empezado a leer el libro. El libro del *Quijote*. Ni la primera línea, bueno, la primera sí, pero como si no. Nada. Se me olvidó. Y ayer por la noche me acordé de golpe, ¡pam! Me vino y pensé «Nooooooooo, voy a sacar un cero». Y ya sabes que si saco otro cero... Bueno, a mis padres no les sentará muy bien, y si no les sienta muy bien... Pues empezarán a darme charlas y bla, bla, bla, a buscar maneras de fastidiar. Le dará por ese rollo de «ahora no puedes hacer esto porque sacaste un cero, ahora no puedes hacer lo otro porque sacaste un cero». Y ya sabes, el cero se convertirá en una excusa para no dejarme hacer nada que me guste. Y, ¡jo!, no lo he hecho queriendo. ¿Sabes? Se me ha olvidado y ya está. Si me hubiera acordado lo hubiera leído.

—¡Tío! ¡Pero cómo que se te ha olvidado! El profe lo ha repetido mil veces, está muy pesado con el libro ese. Además, el examen es mañana. Síííííí, vas a sacar un cero —dijo Rubén burlándose—. Oye, ahora que pienso, si te acordaste ayer por la noche, ¿por qué no empezaste a leer como un loco? No sé, digo yo. Para sacar algo más que un cero.

—Sí que empecé, pero me dormí —protestó Leo torciendo la boca—. A mí por la noche me entra sueño. Solo pude leer la primera frase y me dormí. ¡Pam! De golpe. Pero bueno, tengo un plan, mira.

Leo sacó de la mochila la versión adaptada del *Quijote* que les habían mandado leer en el colegio. A él le gus-

taban este tipo de versiones por varias razones, aunque se podrían resumir en que llevaban ilustraciones, eran más cortas que los originales y se saltaban la parte aburrida para contar la acción.

—Voy a leerlo durante la excursión. Buscaré un sitio tranquilo, leeré un poco y miraré los dibujos. Con esto creo que no sacaré un cero.

—¿Y cómo vas a escaparte? Ya sabes que tenemos que ir todos juntos.

—Algo se me ocurrirá.

Y algo se le ocurrió. Los delfines, de nuevo, tuvieron mucho que ver. Cuando el profesor Carrasco anunció que había llegado la hora de ir al acuario para ver el increíble espectáculo de delfines saltarines y orcas bailongas, Leo aprovechó para escabullirse sin que nadie, excepto Rubén, se diera cuenta. ¡Sí! En un momento estaba libre, paseando por el zoológico y buscando un rincón tranquilo para leer, aunque le costó más de lo que pensaba. Primero lo intentó cerca de los elefantes, pero justo acababan de comer y estaban haciendo... Bueno, sonaba fatal y olía peor. Luego probó en el terrario, donde las serpientes, lagartos y cocodrilos estaban quietecitos y en silencio. A Leo no le gustó nada cómo le miraba un caimán, y menos cuando le sacó la lengua. Pensó que el bicho quería morderle un pie o chuparle una oreja con esa lengüita pegajosa y rasposa. Le entró asco y probó donde

las hienas, que de repente empezaron a reír a carcajadas. Él también empezó a reír, era una risa contagiosa de verdad, pero luego pensó que a lo mejor se estaban riendo de él y ya no le pareció tan gracioso. Se levantó y siguió buscando hasta que pasó por delante del foso de los chimpancés. ¿Por fin había encontrado el lugar? Todo parecía indicar que sí. Era un espacio grande y profundo, con un gran árbol en el centro de donde colgaban columpios hechos con neumáticos. Y había silencio. Mucho silencio. Ni un pedo de elefante. Ni una risa de hiena. Nada. Los chimpancés estaban tranquilos, haciendo la siesta. Algunos la hacían balanceándose en los columpios, otros estirados en el suelo y los más pequeños colgados de los brazos de sus mamás. ¡Bien! Leo se sentó, sacó el libro de la mochila, lo abrió por la primera página y empezó a leer: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo que vivía...».

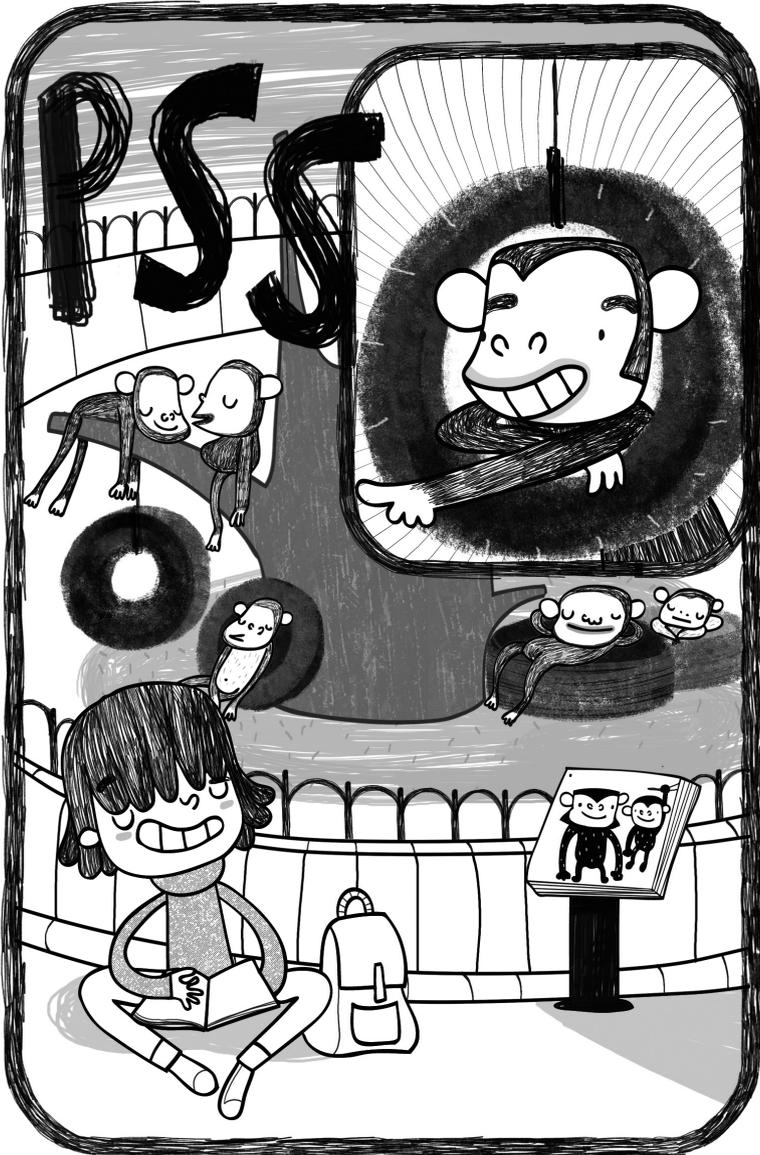
—Pssss, pssss.

¿Eh? El «pssss, pssss» sacó a Leo de la lectura. ¿Era a él? ¿Alguien le llamaba? Miró. Nada. Todo tranquilo. Nadie. Volvió al libro. ¿Por dónde iba? Ah, sí, la primera frase. Vamos allá, volvamos a empezar: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

—Pssss, pssss.

¡Otra vez! ¿Quién...? ¿De dónde venía ese...?

—¡Pssss, pssss! ¡Pssss, pssss!



¡Ahora sí! Leo vio perfectamente quién quería llamar su atención. Pero tuvo que frotarse los ojos. No se lo creía. ¿Un chimpancé? Pssss, pssss. Sí, sí. Un chimpancé encaramado a una rama le hacía señales, como queriendo decirle algo muy importante. Y la pregunta era: ¿qué cosa tiene que decir un chimpancé a un niño que quiere leer tranquilamente el *Quijote*?